

## Theatro de la gentilidad

### «OLVIDATE DE ALCIBIADES»,

José Ignacio Nájera  
Editora Regional,  
Murcia, 1986

Podría decirse que la última generación española de narradores posee la consigna de dejar memoria escrita de su adolescencia en la sociedad franquista. Quizá creída de que es portadora de una experiencia irrepetible y singular, se dedica, en una gran mayoría de sus componentes, a mostrar, en una suerte de impúdico exhibicionismo vivencial, frustraciones, complejos, arduos sentimientos de culpa inexpiable e inmadureces personales impropias de la edad. Desde las «Memorias de un niño de derechas» de Umbral hasta este «Olvidate de Alcibiades» de J. I. Nájera, todo un caudaloso río de vivencias literaturizadas por la perspectiva y el estilo nos contempla. En el fondo, quizá, late un echar en cara a antiguos y modernos —predecesores y sucesores— la existencia, sufrida por el autor, de un estado de cosas donde la culpa, la represión y la eterna sensación de pecado lo dominaban todo; circunstancias que no han conocido ni unos ni otros. Es el lamento de una generación «bocadillo», distinta de la inmediatamente anterior, formada y desarrollada en la represión; es la queja de la generación que conformó sus coordenadas personales en un tipo de sociedad (austeridad, solidaridad inquebrantable, primeros viernes...), y se encontró, a la vuelta de su treintena vital, primer asomo plenamente personal al mundo, con una calle muy diferente (libertad, permisividad, creatividad, actitud lúdica...); el resultado es la inadaptación: lógico.

Dejando aparte estas consideraciones de teoría sociológico-literaria de primera instancia, pasemos a decir de la excelente literatura que destila la

pluma de Nájera. La primera persona, a veces neutralizada con la segunda en la expresión del mismo yo del autor, navega desde la «Objetuación» detallista del Nouveau Roman, hasta la nota cultural, y contracultural, de apoyo o referencia, pasando por el puntillismo anatomo-erótico de escasa excitación lúbrica, por lo obvio de su intención.

Si aludimos al alto nivel intelectual de la narración, no queremos referirnos a la cita expresa de Cioran, de Kant, o de Althusser —válida y precisa— sino a la fuerte tensión lectora que la perfecta comprensibilidad de la novela exige; niveles de lectura poco o nada usuales en la actual narrativa española.

Monteagudo

### ¿QUIEN MATO A PALOMINO MOLERO?

Mario Vargas Llosa  
Editorial Seix Barral  
Barcelona 1986

En estricta y tradicional teoría de los géneros, este último relato de Vargas Llosa bien podría calificarse de *novela corta*, a juzgar por el número de páginas, escasamente doscientas de letra más bien grande y separada, así como por lo acotado de la historia central que se narra y las escasas ramificaciones o excursus laterales que se permiten tanto al autor omnisciente, cuanto los narradores diversos que en la novela intervienen. Sin duda éste de la clasificación y encasillamiento entomológico es un digno problema definitorio, en la medida que Vargas Llosa ha decidido establecerlo así.

Desde otra perspectiva, el hecho de que empiece la obra con una extraña

palabra y termine con la misma, aunque cargada de muy distinto significado —todo el que le otorga el desarrollo completo de la historia ya contada— hace alusión a idéntica pretensión de formalizar antes que nada y por encima de todo. De manera que las cuestiones genéricas y formales se revelan de importancia capital a la hora de la lectura crítica. Y sin embargo, no serán estos problemas los que afecten la lectura ingenua y sentimental, por lo que ya estamos metidos de hoz y de coz en los laberintos propios de una moderna y tersa literatura contemporánea para hombres de ahora mismo: los diversos niveles de escritura que exigen sus correlatos lectores y que hablan de una novela auténticamente abierta desde el momento en que, terminado el ministerio no más allá de las tres primeras páginas suficientes para imaginar el resto, los lectores deben entregarse a la hermosa y excitante tarea de completar las claves y establecer los caminos por los que ha de discurrir el razonamiento para encontrar la verdad final. Sucede, igualmente, que se suele equivocar el lector, por principio poco avezado a estas lides, pero eso es igual en términos de resultados.

Y es que *estas lides* se refieren a una novela policíaca, nada esperable a tenor del talante general del autor peruano, aunque muy cierta la realidad que brota de las páginas. Novela policíaca, pues, breve por naturaleza, complicada en cierto grado, sorprendente en sus progresivos y siempre parciales resultados, incluso cuando llegados al final lo que parece más evidente puede ser puesto en cuarentena y discusión: o no termina la historia, o esa terminación nos parece demasiado lineal y de superficie.

Es el viejo problema de la obra abierta o la obra cerrada, de larga discusión y confusos resultados, pero que en *¿Quién mató a Palomino Mo-*